algunos años con Santiago y Julio Porro, jóvenes de bellas esperanzas á los que amaba como hijos mios, y como tales amaré siempre. ¡Dios sabe cuántas veces en la cárcel pensé en ellos! ¡cuánto me afligió no poder completar su educacion! ¡con cuánto ardor pedí al cielo de darles un nuevo maestro que me igualase en amor por ellos!

Algunas veces esclamaba entre mí mismo: ¡qué tosca paródia es esta! en vez de Santiago y Julio, niños adornados de los mas brillantes dones que la naturaleza y la fortuna pueden dar, me cabe en suerte por discípulo un pobrecito, sordo, mudo, trapajoso, hijo de un ladron.... que á lo mas vendrá á ser *secondino*, el que en término algo menos culto se dirá esbirro.

Estas reflexiones me confundian, y me desalentaban. Mas apenas oia el grito penetrante del mudito, se me movia la sangre como á un padre que oye la voz de su hijo, y este grito y su vista disipaban en mí toda idea de bajeza por parte suya: ¿Qué culpa pues tiene él si está andrajoso y defectuoso, y es de casta de ladrones? Un alma humana en la edad de la inocencia es siempre respetable. Asi decia yo; y cada dia le miraba con mas amor, pareciéndome que crecia en inteligencia, y me afirmaba mas y mas en la dulce idea de aplicarme á ennoblecer su alma; y fantaseando sobre todas las posibilidades, pensaba que quizá un dia, salido yo de prision,

encontraria medio de colocar á este niño en una escuela de sordos-mudos, y de abrirle asi el camino á un porvenir mas bello que el ser esbirro.

Mientras me ocupaba tan agradablemente del bien suyo, dos *secondini* vinieron un dia á buscarme.

— Señor, se trata de cambiar de alojamiento.

— ¿Qué quereis decir con eso?

— Tenemos órden de trasladaros á otro cuarto.

— ¿Porqué?

Han preso otro pájaro gordo, y este siendo el mejor cuarto.... ya os podeis hacer cargo....

— Ya entiendo: esta es la primera parada de los recien llegados.

Y me llevaron á la parte opuesta del patio, mas ¡triste de mí! ya no en piso bajo, ya no en un sitio en que pudiese conversar con el mudito. Al pasar por el patio ví á este querido niño sentado en el suelo, atónito, triste: comprendió que me iba á perder; en un momento se levantó y me salió al encuentro, los *secondini* querian alejarle, le coji en mis brazos, y asqueroso como estaba, le besé una y mil veces con la mayor ternura, y me separé de él.... ¿lo diré?.... con los ojos bañados en lágrimas.

IX.

¡Pobre corazon mio! tú amas con tanta facilidad y ardor, y á ¡cuántas separaciones has estado ya

condenado! Esta no fue por cierto la menos dolorosa, y la sentí tanto mas cuanto mi nuevo alojamiento era tristísimo: un mal cuarto, oscuro, sucio, con ventana que tenia en vez de cristales papeles, con paredes tiznadas, llenas de obscenas pinturas que no me atrevo á decir con qué estaban hechas, y en los sitios no pintados habia inscripciones: unas eran simplemente el nombre, apellido y patria de algun infeliz con la fecha del dia funesto de su prision, otras añadian esclamaciones contra falsos amigos, contra sí mismo, contra una muger, contra el juez, etc., otras indicaban la historia sucinta de la vida de algun individuo, otras en fin contenian sentencias morales, como estas palabras de Pascal: « aquellos que impugnan la religion, sepan á lo » menos lo que ella es antes de impugnarla. Si esta » religion se alabase de tener un conocimiento » claro de Dios, y de poseerle al descubierto y sin » velo, seria combatirla el decir que *nada se ve en* » *el mundo que le demuestre con esa evidencia*; » mas puesto que dice al contrario que los hombres » estan en las tinieblas y lejanos de Dios, el cual se » ha ocultado al conocimiento de ellos, siendo este » mismo nombre el que se le da en las Escrituras, » *Deus absconditus*.... ¿qué ventaja pueden sacar, » luego que en la negligencia que ponen en buscar » la verdad, claman que en nada les está demos- » trada? »

Mas abajo estaba escrito (palabras del mismo autor): « no se trata aquí del leve interes de alguna » persona estraña, se trata de nosotros mismos y » de nuestro todo. La inmortalidad del alma es cosa » que tanto importa y que nos incumbe tan profun- » damente que seria necesario haber perdido todo » sentido para estar en la indiferencia de saber lo que es. »

Otro escrito decia: « bendigo la prision, porque me ha hecho conocer la ingratitud de los hombres, mi propia miseria y la bondad de Dios. » Al lado de estas humildes palabras estaban las mas violentas y soberbias imprecaciones de uno que se decia ateista, y que se enfurecia contra Dios, como si olvidase haber dicho que no habia Dios.

Despues de una columna de tales blasfemias, seguia otra de injurias contra los *cobardes* (asi los llamaba) que se vuelven religiosos á causa de los sufrimientos de la cárcel. Enseñé estas infamias á uno de los *secondini*, y pregunté quién las habia escrito. — Me alegro de haber encontrado esta inscripcion, dijo, pues son tantas las que hay, y tengo tan poco tiempo de buscar. Y sin mas ni mas se puso con una navaja á raspar la pared para borrarla.

— ¿Porqué haceis eso? dije.

— Porque el pobre diablo que la ha escrito, fue condenado á muerte por homicidio premeditado, se arrepintió, y me encargó le hiciera esta caridad.

— ¡Dios le haya perdonado! esclamé, ¿qué homicidio era el suyo?

— No pudiendo matar á su enemigo, se vengó matándole su hijo, el mas hermoso muchacho que darse puede.

Me horrorizé.... ¡A tánto puede llegar la ferocidad! ¡y semejante monstruo tenia el lenguaje insultante de un hombre superior á las flaquezas humanas! ¡Matar á un inocente! ¡á una criatura!

X.

En este mi nuevo cuarto tan lóbrego é inmundo, privado de la compañía de mi caro mudo, estaba oprimido de tristeza. Pasaba muchas horas en la ventana, la cual caia encima de una galería, y al lado opuesto de esta se veian la estremidad del patio, y la ventana de mi primer albergue. ¿Quién me habia pues reemplazado en él? Veia allí á un sugeto que se paseaba mucho con la rapidez de alguien que está sumamente agitado. Dos ó tres dias despues eché de ver que le habian dado recado de escribir, y entonces se quedaba sentado todo el dia á una mesilla. Al cabo le conocí, pues salia de su cuarto acompañado del alcaide é iba al interrogatorio: era Melchor Gioja. Partióseme el corazon. ¡Tambien tú, esecelente hombre, estás aqui! (Fue

mas afortunado que yo, pues despues de algunos meses de detencion le pusieron en libertad).

La vista de cualquiera criatura buena me consuela, me atrae, me hace pensar. ¡Ah! ¡pensar y amar son un gran bien! Hubiera dado mi vida por salvar á Gioja de la cárcel, y sin embargo el verle me aliviaba. Despues de haber estado largo tiempo mirándole y conjeturando por sus movimientos si tenia el espíritu sosegado ó inquieto, para hacer votos por él, me sentia con mas fuerzas, mayor abundancia de ideas, y mas contento de mí mismo. Eso significa que el espectáculo de una criatura humana por quien se tiene amor basta para templar la soledad; era deudor de este beneficio primero á un pobre niño mudo, y ahora á la lejana vista de un hombre de singular mérito.

Sin duda algun *secondino* le dijo en dónde yo estaba, pues una mañana al abrir su ventana se puso á menear su pañuelo en ademan de saludarme, y yo le respondí con la misma señal. ¡Ah! ¡de qué placer quedó enagenada mi alma en ese momento! Me parecia haber desaparecido la distancia, y estar juntos; mi corazon saltaba como el de un apasionado que ve á su amada; nos haciamos señas sin comprendernos, y con el mismo ahinco que si nos comprendieramos: ó mas bien nos comprendiamos realmente, queriendo decir estas señas todo cuanto

sentian nuestras almas, y no ignorando la una l
que la otra sentia.

¡Qué consuelo me parecia debian ser en lo veni-
dero estas señales! Aquel llegó, pero estas no fueron
repetidas mas. Cada vez que veia á Gioja en la ven-
tana me ponia á ondear el pañuelo. ¡En vano!
Los *secondini* me dijeron que le habia sido prohi-
bido escitar mis señas ó responder á ellas. Asi e
que nos contentabamos con mirarnos uno á otro, y
de este modo nos deciamos aun muchas cosas.

XI.

Por la galería que estaba debajo de mi ventana a
nivel mismo de mi prision, pasaban y repasaban de
mañana á la noche otros presos, acompañados de
secondino; iban á la instruccion del proceso, y
volvian. La mayor parte era gente de baja esfera; y
sin embargo á alguno que otro que parecia de clase
mas elevada. Aunque no podia fijar mucho la vista
en ellos, tan rápido era su paso, me llamaban a
obstante la atencion, y todos cual mas, cual menos
me conmovian. Este triste espectáculo acrecentaba
mis penas en los primeros dias, pero poco á poco me
fuí acostumbrando á él, y acabó por disminuir el
horror de mi soledad.

Pasaban igualmente delante de mi vista muchas

presas. De esta galería se iba por un arco á otro patio
donde estaban las prisiones de las mugeres y el hos-
pital de las sifilíticas. Una pared sola y bastante en-
deble me separaba de uno de los cuartos de las mu-
geres. Muchas veces las desdichadas me aturdian
con sus canciones, y algunas con sus reyertas. A
deshora de la noche, cuando habia cesado todo
ruido, las oia conversar.

Si hubiese querido entrar en coloquio, lo hu-
biera podido: me abstuve, no sé porqué. ¿Era por
timidez? ¿por orgullo? ¿por miramiento de no
cobrar afecto á mugeres deshonradas? Debian ser
todos estos tres motivos. La muger, cuando es lo
que debe ser, es para mí una criatura muy sublime.
El verla, el oirla, el hablarla me enriquece el alma
con nobles imágenes; pero envilecida y despre-
ciable, me perturba, me aflige y me desimpre-
siona.

Mas empero.... (los *emperos* son indispensables
para pintar al hombre, ente tan compuesto) entre
estas voces mugeriles las habia suaves, y estas ¿por-
qué no decirlo? me eran afectuosas; una de ellas
era mas dulce que las otras, se oia mas rara vez, y
no espresaba pensamientos vulgares. Cantaba poco,
y mas á menudo estos dos solos versos patéticos:

Chi rende alla meschina
La sua felicita?

Algunas veces cantaba las Letanias: sus compa-

ñeras entonces unian sus voces á la de ella, pero yo tenia el don de distinguir la voz de Magdalena de entre las demas, que harto parecian encarnizadas en robármela.

En verdad, sí, esta desgraciada se llamaba Magdalena; pues cuando sus compañeras contaban sus cuitas, ella se compadecia y gemia repitiendo: « Ea ánimo, amiga mia; el Señor no abandona á nadie. »

¿Quién podia impedirme de imaginármela bella y mas infeliz que culpable, nacida para la virtud, capaz de tornar á ella, si se hubiese descarriado? ¿Quién podia vituperarme si me enternecia oyéndola, si la escuchaba con veneracion, y si rogaba por ella con particular fervor? La inocencia es digna de veneracion, pero mucho mas lo es el arrepentimiento. ¿El mejor de los hombres, el Hombre Dios desdeñaba acaso echar una mirada compasiva hácia las pecadoras, respetar su confusion, y contarla entre las almas que mas honraba? ¿Porqué pues despreciamos nosotros tanto á la muger que cae en la ignominia?

Razonando asi, estuvé mil veces tentado de alzar la voz, y hacer una declaracion de amor fraterno á Magdalena. Una vez habia ya comenzado la primera sílaba de su nombre: Mag..... ¡Cosa estraña! el corazon me latia como á un jóven de quince años enamorado, y por lo tanto yo tenia treinta y uno, que no es ya la edad de palpitaciones pueriles. No

pude ir mas adelante; volví á empezar: Mag..... Mag..... lo que fue inútil, y de rabia, encontrándome ridículo, grité *Matto* (loco) y no Mag.....

XII.

Asi concluyó mi historia con esta desventurada: solo sí le fuí deudor de dulcísimas sensaciones por espacio de varias semanas: muchas veces estaba melancólico, y su voz me alegraba, otras muchas pensando en la vileza é ingratitud de los hombres, me irritaba contra ellos, aborrecia al universo, y su voz me disponia á compasion é indulgencia.

¡Ojalá tú, o incognita pecadora, no estés condenada á grave pena! y á cualquiera que lo estés, ¡ojalá te aproveches para ennoblecerte, vivir y morir amada del Señor! ¡ojalá seas compadecida y respetada de cuantos te conozcan como lo fuiste de mí que no te conocí! ¡ojalá inspires á cualquiera que te vea la dulzura, el deseo de la virtud, la confianza en Dios como lo has inspirado á aquel que te amó sin verte! Mi imaginacion puede equivocarse figurándote bella de cuerpo, mas tu alma, estoy cierto, lo era. Tus compañeras hablaban libertinamente, y tú con pudor y nobleza, blasfemaban ellas, y tú bendecias al Señor, ellas se reñian, y tú componias sus desavenencias. Si alguno te ha dado la mano para

apartarte de la senda del deshonor, si te ha hecho beneficios con delicadeza, si ha enjugado tus lágrimas, ¡todos los consuelos lluevan sobre él, sobre sus hijos, y los hijos de sus hijos!

Contigua á la mia habia una prision habitada por varios hombres, á quienes tambien oia hablar: uno de ellos era superior á los demas en autoridad, no tal vez por mejor condicion, sino por mayor facundia y audacia; hacia el doctor como suele decirse; reprendia é imponia silencio á los que se disputaban con voz imperiosa y volubilidad de palabras; les dictaba lo que debian pensar y sentir, y ellos despues de alguna resistencia acababan por darle razon en todo.

¡Infelices! ni siquiera uno de ellos suavizaba los desagrados de la prision, espresando algun dulce sentimiento, algun poco de religion y amor.

El gefe de estos vecinos me saludó, y yo le correspondí. Me preguntó como pasaba *esta maldita vida;* le contesté que para mí no habia vida maldita, por muy triste que fuera, y que hasta á la muerte era necesario procurar disfrutar el placer de pensar y de amar.

— Esplicaos, esplicaos, me dijo.

Me espliqué, y no fuí comprendido. Y cuando despues de ingeniosos rodeos preparatorios, tuve el ánimo de citar como ejemplo la tierna impresion

que en mí despertaba la voz de Magdalena, el gefe dió una gran carcajada.

¿Qué hay? ¿qué hay? gritaron sus compañeros.

El profano se puso á remedarme repitiendo mis palabras, y las risadas prorumpieron en coro, haciendo yo allí completamente papel de un necio.

Sucede en prision lo mismo que en el mundo: los que cifran su sabiduría en indignarse, quejarse y calumniar, miran como un desatino compadecerse, amar y consolarse con bellas fantasías que honran á la humanidad y á su autor.

XIII.

Deje reir sin pronunciar sílaba: los vecinos me dirijieron dos ó tres la palabra, y me quedé callado.

— No estará ya en la ventana — se habrá ido — prestará oidos á los ayes y suspiros de Magdalena — le habrán ofendido nuestras risas. Todo esto estuvieron diciendo hasta que el gefe impuso silencio á los que susurraban á mi costa.

— Callaos, mentecatos, no sabeis lo que decís: el vecino no es tan lerdo como creeis, vos no sois capaces de reflexionar sobre nada; yo por mi parte me echo á reir, mas en seguida reflexiono. Todos los bandidos saben hacer los endiablados como hacemos nosotros. Alguna mas dulce alegría, alguna

mas caridad, y fe en los beneficios del cielo, pues ¿qué os parece que todo esto significa?

— Ahora que reflexiono yo tambien, respondió uno, eso es señal de que es algo menos bandido.

— ¡Bueno, bueno! gritó el gefe con voz estentórea; por esta vez hago algun aprecio de tu caletre.

No me envanecia yo mucho de ser reputado solamente *algo menos bandido* que ellos; con todo esperimentaba una especie de satisfaccion que estos desdichados reconociesen la importancia de cultivar los buenos sentimientos.

Moví el bastidor de la ventana como si volviese entonces. Me llamó el gefe, y yo respondíle esperanzado que estaba tenia él ganas de moralizar á mi modo, mas me engañé. Los entendimientos vulgares esquivan los razonamientos serios: si una noble verdad se les trasluce son capaces de aplaudirla por un instante, pero muy en breve apartan de ella la vista, y no resisten al deseo de ostentar sabiduría, poniendo esta verdad en dudas y chanceando.

Me preguntó despues si estaba yo encarcelado por deudas.

— No.

— ¿Quizá acusado de estafador? Por supuesto acusado falsamente.

— Estoy acusado de otra cosa.

— ¿De cosas de amor?

— No.

— ¿De homicidio?

— Tampoco.

— ¿De *carbonería*?

— Cabalmente.

— Y ¿qué cosa son esos *carbonari*?

— Los conozco tan poco que no podré decírselo.

Un *secondino* nos interrumpe con grande enfado, y despues de haber llenado de improperios á mis vecinos, se volvió hácia mí con la gravedad, no de un esbirro, sino de un maestro, y dijo: ¿no teneis vos vergüenza de hablar con toda clase de gente? pues sepais que esos son ladrones.

Me sonrojé, y despues me sonrojé de haberme sonrojado, y me pareció que el dignarse conversar con toda especie de infelices es mas bien bondad que culpa.

XIV.

En la mañana siguiente me puse á la ventana para ver á Melchor Gioja, pero no hablé mas con los ladrones; respondí á sus cortesías, y dije que me estaba prohibido hablar.

Vino el escribano que me habia hecho los interrogatorios, y me anunció con misterio una visita que me agradaria; y cuando le pareció haberme prepa-

rado lo bastante dijo: es vuestro padre en fin; sírvaos seguirme. Le seguí abajo en las oficinas, palpitando de contento y de ternura, y esforzándome en tener un semblante sereno que tranquilizase á mi pobre padre.

Luego que supo mi prision, habia esperado era por sospechas de poca entidad, y que pronto saldria; pero viendo que la detencion duraba, habia venido á solicitar del gobierno austriaco mi libertad. ¡Tristes ilusiones del amor paternal! No podia creer él que yo hubiese sido tan temerario de esponerme al rigor de las leyes, y la estudiada alegría con que le hablé, le persuadió que no tenia que temer desgracia alguna.

El breve coloquio que se nos concedió me agitó indeciblemente, tanto mas cuanto que yo reprimia toda apariencia de agitacion; y lo mas difícil fue no manifestarla, cuando era indispensable separarnos.

En las circunstancias en que se encontraba la Italia, estaba persuadido que el Austria daria ejemplares estraordinarios de rigor, y que yo seria condenado á muerte ó á muchos años de encierro. Disimular esta creencia á un padre, lisonjearle con demostraciones de fundadas esperanzas de próxima libertad, no prorumpir en lágrimas abrazándole, hablándole de mi madre, hermanos y hermanas que pensaba no volver á ver nunca mas en la tierra, rogarle con voz no angustiada que viniese aun á

verme si podia; no jamas cosa alguna me ha costado tanta violencia.

Cuando se separó de mí estaba muy consolado, y yo volví á mi prision con el corazon hecho pedazos. Apenas me ví solo, esperé encontrar alivio, abandonándome al llanto; este consuelo me faltó, pues prorumpia en sollozos sin poder verter una lágrima. La desgracia de no poder llorar es una de las mas crueles en los estremados dolores, y ¡cuántas veces la he esperimentado!

Me cargó una calentura ardiente con fuertísimo dolor de cabeza. No pude tragar una cucharada de caldo en todo el dia. ¡Ojalá sea una enfermedad mortal, esclamaba, que abrevie mis martirios! ¡Insano y cobarde deseo! Dios no lo escuchó, y ahora le doy gracias, no solo porque despues de diez años de cárcel he vuelto á ver á mi querida familia, y puedo llamarme feliz, sino tambien porque los sufrimientos dan aliento al hombre, y es de esperar que no habrán sido inútiles para mí.

XV.

De allí á dos dias volvió mi padre. Habia yo dormido bien toda la noche, y estaba limpio de calentura; mostré tranquilidad y contento, sin dar señal alguna de que mi corazon habia sufrido, y sufria todavía.

Tengo la esperanza, me dijo mi padre, que dentro de pocos dias serás enviado á Turin. Ya te hemos preparado tu habitacion y te aguardamos con gran ansia. Los deberes de mi empleo me obligan á regresar; procura, te suplico, procura venir á juntarte pronto conmigo.

Su dulce y melancólica ternura me partia el alma. La piedad filial me mandaba disimular, con todo lo hacia con una especie de remordimiento, siendo mas digno de mi padre y de mí haberle dicho: « probablemente no nos veremos mas en este mundo, separémonos como hombres sin murmurar, sin gemir, y oiga pronunciar sobre mi cabeza la bendicion paternal. » Este lenguaje me hubiera agradado millares de veces mas que el fingimiento; pero miraba los ojos de este venerable anciano, sus arrugadas facciones, sus cabellos blancos, y no creia que el infeliz pudiese tener la fuerza de oir semejantes cosas. Y si por no quererle engañar, ¿ le hubiese visto abandonarse á la desesperacion, tal vez desmayarse, tal vez (¡ horrible idea!) espirar en mis brazos ?

Ni pude decirle la verdad, ni dejársela vislumbrar : mi facticia serenidad le hizo ilusion enteramente, pues nos separamos sin lágrimas; pero vuelto á mi prision, me angustié como la otra vez, ó mas cruelmente todavía, y en valde invoqué el don del llanto. Resignarme á todo el horror de un prolongado cautiverio, resignarme al patíbulo, podia sobrellevarlo, mas resignarme al inmenso dolor que esperimentarían mi padre, mi madre, mis hermanos y hermanas, ¡ah! esto sí que era superior á mis fuerzas. Me postré entonces contra el suelo con un fervor cual nunca, y pronuncié esta oracion : « Dios mio, acepto todo de tu mano, pero da prodigioso vigor á los corazones á quienes soy necesario, con el fin de que cese de serles tal, y que la vida de ninguno de ellos se abrevie por eso de un solo dia. » ¡ O beneficio de la oracion ! Estuve varias horas con la mente elevada á Dios, y crecia mi confianza á medida que meditaba sobre la bondad divina, sobre la grandeza del alma humana, cuando sale de su egoismo, y se esfuerza á no tener mas voluntad que la de la infinita sabiduría. Esto es posible, sí, esto es el deber del hombre : la razon, que es la voz de Dios, la razon nos dice que es menester sacrificar todo á la virtud, y ¿ el sacrificio de que le somos deudores será completo si en los casos mas dolorosos luchásemos contra la voluntad de Aquel que es el principio de toda virtud ? Cuando el patíbulo ó cualquier otro martirio es inevitable, el temerlo cobardemente, y no saber marchar á él bendiciendo al Señor, es señal de miserable degradacion ó ignorancia, y no solo hay que consentir á la propia muerte, sino á la afliccion de las personas que amamos, no siéndonos lícito mas que pedir que

XVII.

Cuando el ánimo estaba sosegado, reflexionaba en los desvaríos que habia sufrido, é indignándome de mi debilidad estudiaba el arbitrio de curarme. Y al intento cada mañana mi primera ocupacion, despues de un breve homenage tributado al Criador, era hacer una diligente y valerosa reseña de todo posible acontecimiento apto á conmoverme. Sobre cada uno fijaba vivamente la imaginacion, y me preparaba á cualquiera que me pudiese sobrevenir; me los imaginaba todos, desde mis mas caras visitas hasta la del verdugo. Este triste ejercicio me parecia intolerable en los primeros dias, mas quise ser perseverante, y en breve me puse contento.

En el dia primero del año (1821) el conde Luis Porro obtuvo el permiso de venirme á ver. La tierna y viva amistad que habia entre nosotros, la necesidad que teniamos de participarnos tantas cosas, el óbice que ponia al desahogo de nuestros pechos la presencia de un escribano, el corto espacio de tiempo que nos era permitido estar juntos, los siniestros presentimientos que me agitaban, el esfuerzo que haciamos ambos á dos por parecer tranquilos, todo ello debia contribuir á levantarse una de las mas

terribles borrascas en mi corazon. Separado que fuí de este querido amigo me sentí en calma, enternecido, sí, pero en calma. Tal es la eficacia de precaverse contra las fuertes conmociones.

Mi empeño en conseguir una apacibilidad constante no era tanto por el deseo de disminuir mi infelicidad como por parecerme ageno del hombre el desasosiego. Una imaginacion agitada no raciocina ya, envuelta en un torbellino irresistible de ideas abultadas se forja una lógica absurda, furibunda y perversa, se encuentra en un estado absolutamente antifilosófico y anticristiano. Si yo fuese predicador, insistiria á menudo sobre la necesidad de desterrar la inquietud, condicion sin la cual no puede uno ser bueno. ¡Cuán pacifico era para consigo mismo, y para con los demas Aquel á quien todos debiamos imitar! Ni hay grandeza de alma ni hay justicia sin moderacion en las ideas, sin un espíritu antes propenso á sonreirse que á indignarse de los acaecimientos de esta corta vida. La ira no tiene ningun precio sino en el caso rarísimo en que se presuma humillar con ella á un malvado, y retirarle de la iniquidad.

Acaso hay otros enfurecimientos de naturaleza diversa de los que yo conozco, y menos reprensibles; pero el que hasta entonces me habia hecho su esclavo, no era un enfurecimiento de mera aflicion, pues se mezclaba siempre mucho odio, mucho

prurito de maldecir, de representarme la sociedad, ó este ó aquel individuo con los mas execrables colores. ¡Enfermedad epidémica en el mundo! El hombre se reputa mejor, aborreciendo á sus semejantes. Parece que todos los amigos se dicen al oido: « amémonos solamente entre nosotros, pues vociferando que todos los demas son vil plebe, parecerá que somos semidioses. »

¡Curioso hecho que el vivir rabiando agrade tanto! en ello se pone una especie de heroismo. Si el objeto contra el cual ayer se bramaba ha desaparecido, se busca otro inmediatamente. ¿De quién me lamentaré hoy? ¿á quién aborreceré? ¿sabré nunca cuál es el monstruo?.... ¡O alegría! le he hallado. Venid, amigos, despedacémosle.

Asi anda el mundo, y sin calumniarle puedo decir que anda mal.

XVIII.

No habia mucha maldad en quejarme del horrible cuarto en que me habian puesto; por fortuna quedó desocupado otro mejor, y me hicieron la agradable sorpresa de dármelo.

¿No hubiera yo debido estar contentísimo de tal anuncio? Pues no era asi por cierto, no pudiendo pensar en Magdalena sin sentimiento. ¡Qué niñería! tomar afecto siempre por cualquiera cosa, aun con motivos á la verdad no muy poderosos. Saliendo de este ruin cuarto, volví atras la vista hácia la pared en que me habia apoyado tantas veces, mientras que á un palmo mas allá acaso se apoyaba del lado opuesto la pobre pecadora. Hubiera querido oir aun otra vez estos dos patéticos versos:

Chi rende alla meschina
La sua felicitá?

¡Vano deseo! otra separacion de mas en mi infortunada vida. No quiero hablar de ella largamente por no hacer reir á mi costa, mas seria hipócrita si no confesase que estuve triste por varios dias.

Al marcharme saludé á dos de los pobres bandoleros, vecinos mios que estaban á la ventana. Faltaba el gefe; pero avisado por sus compañeros, salió corriendo, y me hizo un saludo junto con ellos, tras lo cual se puso á gorgear *Chi rende alla meschina.* ¿Queria por ventura burlarse de mí? Apuesto que si hago esta pregunta á cincuenta personas, cuarenta y nueve responderan que sí. Pues bien, á pesar de tanta pluralidad de votos, me inclino á creer que ese buen ladron queria hacer una gracia: la recibí como tal, se la agradecí y le eché otra mirada; y él alargando el brazo por entre las rejas con una gorrilla en la mano me hacia todavía señas cuando me volvia para bajar la escalera.